



Mantenia el ceño fruncido, sin haber apenas levantado la vista cuando, al saludarlo usted, su respuesta no fue más que un sonido gutural, muy bronco.

Expongo; ciñéndome casi enteramente al texto salvo en que, donde yo digo – alzando por un instante la mirada –, “al saludarlo usted”, lo que figura es “al saludarlo yo”.

–Perdone, pero... — llevaba allí de pie ya un rato que, en su opinión modesta a regañadientes...

–A regañadientes; sí... — ha permanecido silenciosa, con la cabeza baja, moviéndola apenas para asentir o negar, pero ahora parece animarse a hablar —: mi opinión siempre fue, pese a que mis mayores me habían advertido de que “ese carácter tan soberbio tuyo un día te perderá”, muy poquito proclive a la modestia. Es cierto.

Y que, en esa misma opinión, el rato que llevaba allí de pie empezaba a ser largo en exceso. Lo que concuerda, he de reconocer, con el escrito.

Continúo con la lectura:

– ¿Puedo sentarme?

Haciendo sonar, cambiando mientras esperaba la autorización el peso del cuerpo a la pierna contraria, los objetos entre los que hurgaba a ciegas a la caza de un caramelo *saci* que estaba segura de encontrar en algún rincón del bolso.

– ¿Y eso? — replicó, dedicándole una breve ojeada.

–Bueno... — tiró de la silla, sin aguardar más, y se dejó caer entre crujidos varios de huesos cansados y papel de celofán —; usted debería entender que esté una bastante derrengada.

–Y usted – a mí, sin hurgar ahora en bolso alguno en busca de ningún *saci* – que me resulta terriblemente aburrido que me cuente mi propia historia... ¿No puede leer en silencio?

Le respondo que necesito tener constancia de que reconoce la veracidad del contenido de los folios, y de que asume su autenticidad.

Contesta “de acuerdo” y se gira, en su silla, iniciando el gesto de ir a cruzar las piernas; gesto al que de inmediato renuncia...

–Me refiero — puntualizó¹, dando dos golpecitos con el extremo del bolígrafo en el cenicero de cristal — a que si existen todavía.

¹ Prosigo.

—Ah — reparando usted en la bolita de celofán, arrugado, que había dejado caer en él —: los saci. No sé — cruzó las piernas² y se rascó una rodilla tomando, con la otra mano, la bolita de papel — hace mil años que no utilizaba este bolso.

— ¡Mil años! — Burlón él.

—Digamos cincuenta — replicó, depositando otra vez la bolita...

—Eso, mire usted — concedió cerrando el pesado volumen en que anduviera haciendo anotaciones apretadas, en letra menuda —, ya como que empieza a parecerse a ir poniéndose un poquito en razón...

—Supongo — usted — que en tal caso he metido la pata.

— ¿Pata?

— Puedo decir “pierna”; pero siempre que me he puesto en razón, o en algo que se le haya parecido, los resultados han sid...

—No se preocupe ahora por eso — colocando el capuchón al boli, que alojó acto seguido en el bolsillo superior de su camisa a rayas —: Me he leído su expediente de cabo a rabo.

— ¿Y?

—Pues que, pata o pierna, todo, absolutamente todo lo concerniente al tema que nos ocupa, está aquí.

Había él golpeado con su índice, al decir “aquí”, sobre el grueso volumen, cerrado ahora, en el que hiciera anotaciones apretadas, con letra menuda, con el bolígrafo al que puso el capuchón para alojar, acto seguido, en el bolsillo de su cam...

— Superior.

— Superior de su camisa a rayas; sí.

Y, como ve que me detengo por si desea hacer alguna otra observación, asiente; matizando, empero, “tal vez fuesen cuadritos”. Y muestra un cierto interés, aunque muy vago, en saber si la posible inexactitud empeoraría las cosas.

Le respondo que no.

—Al menos no se anda usted con medias tintas — dice, sonriendo casi.

Y que la reconforta el poder confiar en mí.

Intento sonreír también.

Carraspeo y, un poco azorado, prosigo con la lectura:

² Siento que es un detalle accesorio, doloroso que hubiera podido saltarme; y como me sonrojo dice “no es su culpa”; y, con los dedos de sus manos sí cruzadas, algo parecido a “venga; siga”.

– ¿Ha dado para tanto “el tema que nos ocupa”? — preguntó usted mirando el volumen con incredulidad.

–

Aparece, a continuación, un renglón en blanco precedido de un guión; que “entiendo”, le digo “estaría conteniendo la respuesta que él no dio”.

Asiente ella con la cabeza y explica que había considerado la posibilidad de dejar en blanco tres... cuatro renglones incluso, pero desistió ante la sospecha de que, no pareciéndole que fuese él muy hablador, pudiera resultar poco creíble una parrafada tan larga.

Sigo leyendo:

–Los hechos se remontan a... — pasó hacia atrás algunas páginas del pesado volumen (que había abierto nuevamente) recorriendo ocasionalment...

En este punto parece despertar de su letargo, porque echando el cuerpo hacia adelante, desde el otro lado de la mesa, estirando el cuello con los ojos muy abiertos, protesta con enorme viveza “¡pero está tachado!”.

Como le respondo que sí, que en efecto está tachado, se muestra aliviada y, casi feliz, exclama “¡qué susto!” apoyando de nuevo la espalda contra la pared para, tras un leve suspiro, explicar que al disponer nada más de papel y lápiz, pero de goma no, se ve a veces en la necesidad de, si algo no le gusta... “porque no sé si a usted le pasará” — me dice — pero, así, tan seguidos, dos adverbios y los dos terminados en “mente”, a ella por lo menos, le parece “un verdadero horror”.

Intento hacerle considerar que, habida cuenta que “nuevamente” queda dentro del paréntesis, la cosa a lo mejor no es tan “horrible”.

Se muestra inflexible, sin embargo; instándome con un nuevo movimiento de los dedos a seguir.

Sigo, por tanto:

... de arriba abajo, esta o aquella con su índice amarillento — cierta mañana de verano de...

–No se tome la molestia de buscarlo; me acuerdo muy bien: las nueve de la mañana, aproximadamente, de un día de julio del año 2000.

–Usted... — había encontrado al parecer la página que andaba buscando porque golpeó, con gesto satisfecho, con el índice sobre los “documentos” —; usted paseaba con su perro por la acera de los impares, de la calle Príncipe de Vergara, de Madrid, a la altura del número 119 más o menos... ¿Es cierto?

– Más o menos; sí.

– ¿Quiere eso decir que más o menos paseaba, que más o menos era su perro, que más o men...

– Si tengo que ser del todo precisa he de rec... — hurgando nuevamente en el bolso, otra vez con ruido de entrechocar de pequeños chismes — reconocer que lo único de verdad concreto es que, aproximadamente, sí... ¡maldita sea!, el número ciento diecin...

– ¿Maldita?

– No... Las llaves, que no las encontraba. De vez en cuando me acuerdo de mis llaves y necesito saber que las he guard... Ueve; sí.

– ¿Ueve?

– Sí: diecin. Todo lo demás es muy... mucho más... Pero es que si hay algo que me ponga los pelos de pun... brrr, es de verdad perder las llav... Porque... ¡pero no creo que usted lo pueda comprender!

– ¡Oh, sí!

– ¿“¡Oh, sí!”?; ¿“¡Oh, sí!” quiere decir que ha tenido alguna vez un cocker spanhiel inglés?

– Emmm...

– ¿“Emmm”? Perdone pero si “emmm” es qué... Bueno; no trato de minusvalorar sus conocimientos, pero caminar por la acera a bandazos, zarandeada de acá para allá y a trompicones no es, en absoluto, algo ni remotamente parecido a “pasear”...

– En tal cas...

– En tal cas (sic) me gustaría que constase, en el expediente, que yo no...

– Que usted no paseaba a su perro sino que su perro la arrastraba a usted.

Debo de haber leído muy a su gusto a partir de lo tachado, puesto que no me ha sacado ningún defecto; pero como empiezo a conocerla un poco me asalta, sin saber mucho por qué — o basándome sólo quizás en cierto ángulo de la inclinación de su perfil que me resulta poco habitual —, la sospecha de que algo la preocupa.

Dejo los papeles a un lado y le pregunto “¿Ocurre algo?”.

– No... — evasiva. Parpadeando, humedeciéndose los labios y tabaleando con los dedos de su mano derecha sobre la izquierda; pues las mantiene cruzadas.

– ¿Está segura?

– Pues...

Pero aprieta los labios, y vuelve a parpadear, y mueve muy poco y muy despacio la cabeza como queriendo significar que es algo sin importancia.

– No es usted — le hago notar —, y perdone, quien ha de establecer la trascendencia, hacer la valoración de en qué medida pueda repercutir en su...

– Ya, pero... Entiendo que usted debe de ser una persona muy ocupada; y me da no sé qué, me hace sentir... se me ocurre “culpable” — sonrío, y se lleva las manos a la cara para, con la derecha, rascarse una mejilla — entorpecer el ritmo de su trabajo con un detalle tan...

– Precisamente por eso — y me esmero, pongo toda mi buena voluntad en que de mi tono no se trasluzca el menor atisbo de reproche sino, todo lo contrario, de aliento — considero que lo mejor es abordar la cuestión sin ambages, y si cree que hay algún matiz, por pequeño que sea, que venga al caso, valga la redundancia, matizar...

– Pero es que, ocurre... Usted, desde luego, no va a entenderlo; pero es un “matiz”, como usted dice, que, no yendo y lo entiendo a arrojar ni más ni menos luz ni sombra sobre los hechos, viene, sí, a descabalar todo lo que es, eso sí, **toda** y **sólo**³ mi responsabilidad.

– ¡No será para tanto!

– Oh, no; claro. Para usted no y a mí me parece razonable, pero, bajo mi criterio...

– Le rogaría..., y conste que no quiero que me malinterprete entendiendo que pretendo apremiarla; lo que sucede es que no le beneficia, créame, esa actitud suya tan...irresoluta... Vamos: suéltelo de una vez.

– Mi cocker — se lanza al fin, tras un suspiro — es ruano y tenía, por entonces, cuatro meses; cuatro meses y yo lo había comprado cuando tenía dos...

– ¿Ve como no era tan complicado decirlo?

– No, claro. Llevaba, por tanto, apenas dos meses conmigo, y considerando que yo antes nunca había tenido perro...

– Se hará constar.

– Ya consta — replica en tono impaciente —; consta todo y en cuanto siga usted leyendo lo verá. Era de mi propiedad, sí, puesto que yo lo había

³ “Sólo” va en negrita, al igual que “toda”, porque pone mucho énfasis en ellas al pronunciarlas.

comprado; pero me sentía tan torpe, tan incapaz de imponerme ni de hacerme a él... Esa es la razón de la ambigüedad de mi respuesta a la pregunta de si más o menos pasear o más o menos mi per...

Añade un cansino, medio ahogado “en fin”, tras volver a suspirar.

– Entiendo.

– Oh, sí; y yo le creo y, además, ha leído usted tan bien de arriba abajo, esta o aquella con su índice amarillento... Y, bueno: todo lo demás tan de seguido y de un tirón... Pero... ¡Aquella mujer!...

– Lo de la mujer no lo he leído todav...

– ¡Ya lo sé! —Tan tranquila, en exceso casi, como ha estado hasta el momento, la noto ahora, de repente, algo alterada. Se pone de pie, impaciente, y parece que abriga la secreta intención, inconsciente, por supuesto, de camin... — ¡Qué guarrería de memoria!

Como deseo, de alguna forma y dentro de lo posible, que el clima sea de normalidad, pretendo no haber reparado en el impedimento y le digo “¡pero si recuerda con una precisión asombrosa!”.

Ella dice “ya, ya”.

– De cualquier modo — se ha sentado, o más bien dejado caer en la silla; y sus manos vuelven a estar cruzadas sobre la mesa — la culpa también ha sido un poco mía...

– De eso se trata... — replico. Más como me doy cuenta de cuál es, o ha de ser, mi papel o el que deberé jugar todo lo mejor que pueda o sepa para que las cosas salgan bien, me apresuro a —: o, para ser exactos, entendámonos, de demostrar que en absoluto; además, la mujer...

– Llevaba en la cabeza una de esas franjas elásticas, tan horribles; y una batilla azul de manga corta, así, como por encima del cod...

– Cierto, sí. Lo he repasado por encima, en el despacho, y parece que tengo cierta idea de que, en efecto, manga corta por encima del cod...

– ¿Ve qué bien se lo sabe incluso sin mirar?

– Le he echado una ojeada para, en esta nuestra primera entrevista, venir con un algo de idea; queda, como es lógico, mucho, desde luego, que pulir, que trabaj...

– Se termina, así pues — habla en tono melancólico —, entiendo que poniendo de mi parte.

– Es obvio, que estaré en todo momento de su parte.

– Y yo, ¡insensata de mí!, pretendiendo entorpecer la buena marcha de sus desvelos con esas... ¿“matizaciones”, dijo?, que tan gentilmente me pide — y suspira otra vez para, con decisión y acto seguido —: ¡Pero, no!

– Pero si eso ya...

– Sí; eso ya me lo ha dicho: que no me beneficia el ser tan irresoluta. Yo le repetiré, en tal caso, que la culpa fue mía.

– Eso a mí, métaselo en la cabeza, me da igual.

– Pues a mí — se encrespa —: no.

– Quiero decir — también yo me encrespo — que usted y yo, los dos, hemos de proceder en todo momento como si fuera inocente.

– ¡Soy inocente!

– Así me gusta.

– Usted — se suaviza, o se serena, y cambia con lentitud el cruzado de sus manos de manera que ahora es la izquierda la que queda encima — es un joven muy agradable, lleno sin duda de ideas magníficas y buenísimas intenciones al que, seguro, aguarda un futuro brillante; pero conmigo, y disculpe mi franqueza, no sé yo si vamos a aclararnos...

– ¡Seguro que sí!

– Pues para usted la perra gorda.

Y, con un rápido movimiento de los dedos: venga; siga.

Y, con palabras y la cabeza gacha y el gesto hosco: Siga con la lectura y, a las “matizaciones” como usted dice, pues que las zurzan...

– Las matizaciones, le recuerdo, están debidamente consignadas: cocker ruano, cuatro meses...

– ¡Qué fácil lo ve usted todo! — Y, como callo —: Pero ya — agrega —, entiendo que con tanto palique de por medio es quizás tarde...

– ¿Para qué?

– ¿“Para qué”?... ¿Para qué va a ser? — Y, al cabo de una breve pausa —: Pero he sido yo, soy yo; el error o la negligencia o la falta de atención, de reflejos, ha sido mía. Y, rectificar, a estas alturas, pues...

– No se desespere — me da pena, porque parece abatida, e intento animarla —: aún tenemos mucho expediente por delante; quizá, si continúo, continuamos leyendo, repasándolo cuidadosamente, algo, que está usted echando en falta, lo encontramos más adel...

– No sucederá algo así — habla bajo, en tono apagado y triste, mientras con la uña del dedo corazón, de la mano de arriba, se afana en levantar un pequeño padrastro del pulgar de la otra —; pero... ¡Vamos: siga!

Parece tan segura de lo que dice, sean las que sean sus razones o los motivos de un pasado al que alude sin llegar a nombrarlo, que opto por no insistir y me dispongo a continuar con la lectura.

Tomo pues los papeles; simulo ordenarlos con la intención secreta de darle un margen, una última oportunidad sin resultar pesado ni agobiarla de que... no sé: haga o diga lo que quiera.

Pero no parece dispuesta a aprovecharla, porque sigue quieta, algo encorvada y con los labios apretados, tirando del padrastro de un pulgar con el dedo corazón de la otra mano.

La mañana, entre tanto, ha ido avanzando y la raya que marcaba antes sobre la pared un rayo de sol está ahora mucho más baja, y algo más pálida, lo que me hace imaginar que, tal vez, el día que a primera hora prometía ser despejado y de cielo muy azul, se ha estropeado aunque, haciendo memoria de cuando escuchaba la radio desayunando, el parte meteorológico no dijo nada de que fuese a nublarse pese a que estamos a mediados de octubre y el otoño ya se sabe... Detesto el pan tostado con aceite y sal, pero la mermelada, de naranja amarga que es la que me gusta, se había terminado. Y té, de jazmín; tampoco me gusta el té de jazmín ni la emisora que estaba escuchando; pero no funcionaba el molinillo y la que escucho con agrado, más que nada porque me cae bien el director del programa aunque no siempre estoy de acuerdo con él ni con sus opiniones a veces tan radicales, se oye últimamente con tantas interferencias y tantos ruidos que termina por crisparme los nervios y, por eso, la cambio. Pero siempre busco que hablen de actualidad de cuestiones políticas, y de economía...

La miro, a ella, con los papeles colocados y recolocados y vueltos a colocar pero, nada, no reacciona; no reacciona y ya a mí empieza a acabármeme la inventiva y a no ocurrírsememe nada más con que dar largas.

Puedo, sí, tomar la firme determinación de que, el próximo molinillo que compraré, esta tarde sin falta — aunque tengo también, me acabo de acordar, un poco de breakfast tea, que, para desayun... —; pero lo mejor va ser uno de esos antiguos, manual de los de toda la vida...

Mírala. Ahí sigue como una estatua de sal.

Consulto el reloj y me tiro de los puños de la camisa; no me gusta esta camisa así como verdosa y, estos gemelos, además, que no es que sean feos, me los regaló mi tía Luisa un cumpleaños, y mi tía Luisa es una mujer con muy buen gusto, pero le van fatal...

Bueno, ¿qué pasa?

Nada.

No pasa nada.

Me resulta incomprendible esa actitud, de verdad.

Así que, por pura deducción, la culpa tiene que estar siendo de la camis... ¿Y quién compró la camisa, eh, quién la compró?

“Pues la camisa la compraste tú solito, so ton...”.

Se me ocurre ir hasta la ventana y correr la cortina, por si el sol le molesta, a ella, en la cara, en cualquier momento, porque la raya – mi madre siempre dice que es que no sé comprar – anda ya casi rozándole la cabeza; pero cuando me estoy empezando a acordar, a cámara lentísima, de que qué bobadas pienso aquí no hay cortinas – y puede que no le falte razón, porque esta corb... “ah, no no no no”, le dije, “la camisa me la regalaste tú” – ella rompe su obstinado silencio diciendo que me deje de tonterías, si soy tan amable y no me importa, que le estoy destrozando los nervios con tanto y a lo tonto marear la perdiz. Y que agradece tanta paciencia como estoy teniendo con ella pero que lea, de una condenada vez.

–Está bien – y, para mis adentros –: tú lo has querido:

A la de una... (Y me vuelvo a tirar de los puños).

A la de dos... (Y miro otra vez el reloj).

A la de tres... (Y... Mi madre, que es buena persona pero un poco dominantona, de esas que en psiquiatría llaman “castradoras”, dice que qué sosángano soy, que me falta chispa, imaginación, encanto, duendecillo...)

Venga, va: se acabó.

– ¡No!

Pero como no es de las que dan su brazo a torcer fácilmente replicó, con mucha sangre fría “es el nudo, que te lo haces al revés”.

Vamos que: casi por los pelos pero bien.

– ¡Bien!

Estoy tan contento que me tengo que contener para no dar un salto y, elevando los brazos al cielo, con los puños apretados gritar ¡¡¡hurra!!!

– ¿Qué le pasa?

– ¿A mí?

– ¡“A mí”!... ¿Qué se ha propuesto; hundirme en la miseria?

– ¿Hundirla en la miseria; hundirla en la miseria yo?

Me fastidia, ahora que ha reaccionado, distraer su atención con algo tan secundario como es, frente a su situación tan delicada, el salvar mi pequeño pundonor; pero me hace sentir tan herido que enjuicie mi proceder de manera tan torcida, después de tanto como me estoy esforzando por facilitarle las cosas y allanarle el camino, que no puedo dominar el impulso de — aun a sabiendas de estar corriendo el riesgo de perder todo o parte del terreno ganado al dar pie a que se vuelva a echar atrás por culpa de mi infantil proceder —, antes que nada, poner las cosas en clar...

– ¡Desde luego que sí!

– ¡Desde luego; y no dude ni por un momento que lo haré!

– Me quedará el consuelo, al menos, cuando todo termine, de no haberme equivocado cuando dije que se puede confiar en usted... ¡Qué sinceridad tan brutal, la suya!

– Y tan innecesaria — reconozco, de súbito, avergonzado incluso; desarmado, en realidad —, y tan impropio cuando mi prioridad ha de ser, por encima de cualquier vanidad... Además, creo que la biblia lo dice, en alguna parte, *que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda...*

– A mí eso me parece un error.

– ¿Entonces usted piens...

– Si: yo pienso. Yo pienso... ¡yo pienso mucho; mucho para todo excepto para lo que debiera! — ha ido levantando la voz hasta terminar por gritar, casi fuera de sí — ¡¡Ya lo sé!!

– Vamos — trato de apaciguarla —: serénese.

Da un suspiro, sacude la cabeza, me mira entornando los ojos y, en voz muy baja, dulce — se podría decir “maternal casi” si no fuera porque, la mía... Pero dejemos a mi madre a un lado, que no tengo ganas de... —, dice muy despacito “eso es una solemne estupidez”.

– ¿Debo entender que usted no cree...

– ¿Pero cuánto puede importar eso? ¿Por qué tenemos que mezclar las cosas? ¿En qué medida, ni atendiendo a qué argumentos, puede influir a mi favor o en mi contra el que yo sea creyente, o no, o qué?

– Lo que pretendo es comprender...

– Pues es bien fácil — y, muy cargada de amabilidad y de razón —: piense un poco.

Me explica, a la vista sin duda de mi cara de tonto, que la mano derecha suele ser “más rápida, más lista... ¿o no?”

– Es posible...

– En tal caso o usted se equivoca o la biblia — concluye — está mal escrita.

Y que si hay que arder en los infiernos se arde, pero que lo primero es lo primero...

– Lo primero, ¿eh?

– Pues sí; mire.

– ¿Qué es, exactamente — se me ocurre preguntarle a bocajarro —, lo primero para usted?

– ¿Lo primero?

– Sí.

– ¿Para mí?

– También.

– ¿Tamb... ¡Oh!

– Quiero decir que sí. Que lo primero para usted.

– ¿Lo primero para mí, quiere saber?

– Eso... he dicho.

En lugar de contestar se sume en un silencio extraño, pensativo y, me parece a mí, un poco demasiado largo que no sé si debo o no romp...

– Verá — rompiéndolo, ella, para en tono dubitativo y voz cansina agregar —: si a su criterio es algo de suma importancia, un dato relevante, crucial, que considere imprescindible el consignar...

– Oh, no, claro — respondo, un poco incómodo porque puede, tal vez, que se haya sentido hostigada. Y, por disculparme —: Incluso creo que en realid...

– Oiga — repentinamente su expresión se vuelve más vivaz, y su mirada se ilumina, e irguiendo la espalda con la cabeza un poco ladeada —: no tengo el menor inconveniente en responder, pero me pregunto si no estaremos haciendo una tempestad en un vaso de agua.

– ¿Una tempestad en un vaso de ag...

– De agua, sí. Es una frase un tanto tópica, ya lo sé. No he estado muy ocurrente. Pero... En fin; usted ya me entendi...

– Pues no.

– Vale.

Se pone de pie con tanta resolución y tan deprisa que temo que, en un despiste, intente caminar y se caiga...

– ¡Cuidado!

– Gracias — replica, de nuevo en tono seco. Y dejándose caer en la silla —: ¡Qué guarrería de memoria!

– ¡Pero si recuerda con una precis...

– “Asombrosa”; sí. Lo dijo usted hace un rato, exactamente con las mismas palab... Pero no importa; lo dejamos así para no repetirnos y seguir enredando y, si eso es lo que quiere, se lo diré... Llanamente. Sin rodeo...

– ¿Llanamente y sin rodeos?

– Sí.

– ¿Eso va a hacer?

– Era el 117.

– ¿El ciento dieciséis...

– ¡Más o menos! — exclama en tono en exceso vehemente. Y, en seguida, tras un leve carraspeo, recobrando el aplomo, en voz muy baja —: Naturalmente.

– ¿“Naturalmente”?

– Oh, sí, claro; con una naturalidad pasmosa ¿Por qué no? Yo ya le he dicho que no tengo el menor inconveniente, de veras; pero... no sé, recapacite un poquito, por favor, y se dará cuenta de que si nos metemos en profundidades, en temas trascendentes, metafísicos y tan complejos como qué es o qué no es lo primordial en una vida tan simple como la mía nos desviaremos más aun de lo que nos hemos desviado ya de lo esencial...

– ¿Lo esencial?

– ¿Lo ve?

– No.

– ¡No me extraña!

– ¿No le extraña?

– Por supuesto que no... ¿Quién sería capaz de no perderse entre tantas digresiones, disquisiciones, elucub... Pero la culpa, tranquilícese, ha sido mía...

– Per...

– No, no; por favor. He sido yo; yo debí decírselo hace... pues... ocho, o nueve... porque... ¿Por qué página vamos, por favor, exactamente?

– Vamos por la... — cuento las hojas — ¡trece!

– ¿La trece?

– Si no he contado mal...

– No. Sí. Si poder puede ser... ¡Pero qué horror!

– Sí — reconozco —; es ciertamente un mal núm...

– Y, encima, es usted superticios...

– ¡No!

– Vamos, no disimule. Además no pasa nada; mucha gente lo es... Ya le he dicho que la culpa ha sido mía; pero, ahora, ya... ¿qué podemos hacer?

– Tal vez — sugiero — agrandando un poquito la letra nos pudiésemos llegar a la cator... [\(Consultar nota nº 1\)](#)

– La catorce, sí ¿Pero que nos solucionaría eso si seguirían siendo el mismo número de palabras; de signos de puntuación, de acentos, de exclamaciones, de preguntas, de silen...? ¿Seguimos, por cierto, en la trece?

– Casi al filo, ya — confieso pesaroso —; pero sí... [\(Consultar nota nº 2\)](#)

– Pues, entonces, lo que le dije... y más a mi favor si cabe: hace nueve.

– ¡Acabamos de saltar a la catorce! [\(Consultar nota nº 3\)](#)

– Pues fíjese, peor todavía: hace diez.

– ¿Diez?

– ¿No irá a sorprenderse ahora, verdad?

– Pues...

– Oh, no se haga el tonto. Usted lo dijo; incluso lo reiteró una segunda vez... “¡Pero si recuerda con una precisión asombrosa!”.

– Disculpe, pero — me resuelvo a armarme de valor —: No sé de qué está hablando.

– O sea: que no tengo memoria. Que le ha dado a usted pena una pobre mujer, xenófoba y estúpida, y por eso me ha dado la razón como a una tonta...

– ¿Hemos hablado en algún momento de xenofobia?

– Ah... ¿No?

– No.

Mi madre siempre me ha dicho que hay que ver qué poquísima chispa y gracejo que tengo cuando cuento algo; que no ilustro, dice, con notas de

[Clic para
Notas](#)

color ni con detalles el lugar, ni a las personas, ni digo nada casi nunca de qué cara ponen ni qué gestos hacen ni el tono que adoptan al hablar. Es una observación – la de mi madre – que me suele irritar, pero hay veces, como ahora mismo, que me siento tentado de darle la razón.

Por lo del tono; por lo del tono porque me doy cuenta de que así, de buenas a primeras y sin ilustrar, puede dar la impresión – o a mi madre al menos como es tan suspicaz se la daría – de que ella ha dicho “Ah... ¿No?” en ese tono alterado que utilizan a veces las personas cuando se ponen sarcásticas y que, al responderle yo que no, ella, molesta como es lógico, hará alguna alusión mordaz y desabrida al hecho de que al parecer por estúpida sí que la teng...

– O sea: que soy una estúpida.

Otro de los defectos que me adornan, en opinión de mi madre, es una carencia absoluta del don de la oportunidad; pero en esta ocasión, aunque nadie me crea, yo no he tenido – y en eso mi madre estaría conmigo por más que se la llevasen los demonios por ello pero sabe que para mentir he sido siempre una perfecta nulidad – ninguna culpa.

Aunque puede dar la impresión, atendiendo a sus palabras, de que sí la he tenido...

En fin que, concretando – mamá, va por ti –, me siento en la obligación moral de precisar que ha hablado en tono perfectamente neutro; que el “Ah... ¿no?” ha sido pronunciado no sólo con serenidad sino con absoluta candidez; y que sus ojos me han mirado muy abiertos, como asombrados; y que ha sido ella, ella personalmente y por voluntad propia, quien apesadumbrada, contrariada, embargada por el estupor, ha dicho “O sea: que soy una estúpida” cuando le he dicho que no.

Y ahora, una vez puestas las cosas en claro, podemos continu...

– Y ahora, una vez puestas las cosas en claro, ¿podemos continuar?

– Naturalmente – respondo, ordenando los papeles. Y, para que se oriente —: íbamos por *xenofobia*.

– ¡Oh, sí – y por primera vez su tono si es en verdad ahora sarcástico —: por *xenofobia*!

Y que es muy amable por “su parte” el renunciar, así, de manera – continuo leyendo – tan altruista, a todo el esfuerzo de imaginación que “sin duda ha debido de costarle, porque no tiene usted cara de ser ninguna mentirosa que se inventa trolas” el escribir los once últimos folios; pero que Él

no es tonto ni anda falto de memoria y sabe perfectamente que “vamos por donde yo le dije que usted no paseaba a su perro sino que su perro la arrastraba a usted”.

Y que eso era — le recuerdo yo a ella — justo al final de la página cuarta; y que ahí sería, en buena lógica, donde tendríamos que regresar para continuar punto por punto analizando el caso.

Ella responde sin inmutarse que es muy amable por “su parte” el renunciar, así, de manera — continuo escribiendo — tan altruista, a todo el esfuerzo de imaginación que “sin duda ha debido de costarle, porque no tiene usted cara de ser ningún mentiroso que se inventa trolas” el escribir estos casi quince folios; pero que ella no es tonta ni anda falta de memoria y sabe perfectamente que nos quedamos en que yo tomé los papeles y simulé ordenarlos con la intención secreta de darle un margen, una última oportunidad de hacer o decir lo que quisiera; pero que ella siguió quieta, algo encorvada y con los labios apretados, tirando del padastro de un pulgar con el dedo corazón de la otra mano.

La mañana ha ido entre tanto avanzando y la raya que un rayo de sol marcaba antes sobre la pared está ahora mucho más baja, y algo más pálida, lo que me hace imaginar que tal vez el día que a primera hora prometía ser despejado y de cielo muy azul se ha estropeado aunque, haciendo memoria de cuando escuchaba la radio desayunando, el parte meteorológico no dijo nada de que fuese a nublarse pese a que estamos a mediados de octubre y el otoño ya se sabe... Detesto el pan tostado con aceite y sal, pero la mermelada de naranja amarga que es la que me gusta se había terminado. Y té de jazmín; tampoco me gusta — sigo escribiendo — el té de jazmín ni la emisora que estaba escuchando; pero no funcionaba el molinillo y la que escucho con agrado, más que nada porque me cae bien el director del programa aunque no siempre estoy de acuerdo con él ni con sus opiniones a veces tan radicales, se oye últimamente con tantas interferencias y tantos ruidos que termina por crisparme los nervios, y por eso la cambio. Pero siempre busco que hablen de actualidad de cuestiones políticas, y de economía...

(Continuará)